

Unos curiosos individuos

Monólogo moral

BRAULIO ARENAS

Sin exhalar un grito de dolor, sin arrugarse, sin mover una ceja... Todavía más: ni siquiera se ponían verdes de susto, por el contrario, tenían la cara llena de risa, como si morir en el suplicio les gustara una barbaridad... Porque la cosa iba en serio, comadre, y nada de chistes de mal gusto con que te voy matar y después no te mato nada... Y entretanto, ellos como si oyeran llover... Parecía que estuvieran de lo más contentos tratando de batir el récord de resistencia en la hoguera, y parecía que de lo que se trataba, compadre, era de que el dolor no se les saliera por la boca, aunque de la carne ya les iba quedando bien **poco, asada a la parrilla**, de que el dolor que les quedara adentro, transformado en gozo, como el pescado en la pecera, en misterio gozoso, para siempre.

¿Y para qué, mi pichón?, le preguntábamos al que todavía podía hablar, ¿para qué seguir aguantando más, es que su señorita está cumpliendo una manda por si acaso?

Pero el gallego, con la boca llena de sangre, sin dientes ni muelas, con la lengua traposa, nos respondía como borracho que qué importaba la muerte, que esto de aquí abajo era pura payasada, que después sería el despertar en su patria, en su patria verdadera (como decía el otro), ya libres de dolores, ya libres de impuestos, de vacunas, de injusticias: en una eterna mañana, en un riente jardín; en la compañía de la luz...

Porque eran como machos para resistir los lanzazos y ponerle el hombro al fuego y a las brasas, y vaya usted a hacerles entender razones, y por mucho que los tratáramos de lo que usted sabe, compadre, y de que no anduvieran buscándole los cinco pies al gato, y que lo que valía la pena en la vida era tener una gordita al lado con su buen litro de vino y un trabajo de planta, ellos, los machos, como si oyeran llover, pues lo importante, ¡y mire lo que son las cosas, comadrita de mi alma!, lo verdaderamente importante para esos tanos era cerrar los ojos y la boca, y era juntar las manos y ponerse a rezar como locos, sin exhalar un ¡ay! por mucho que las carnes se les chamuscaran en la hoguera, o que se les atravesaran las costillas con unas lanzas oxidadas de puro viejas...

¡Qué extraños individuos!, comentaban los atorrantes desde afuera, pero bien cerca de la parrilla, pues aprovechaban las llamas para calentarse las manos. ¡Parecen zonzos!, agregaban, ¡parecen zonzos, sin comerse una milanesa y sin tomarse su trago, sin acostarse con la que te dije y sin jugar ni al póker ni a los pingos!... ¡Parecen cernícalos de puro flacos que están!... ¡Y negros, y hediondos! ¡Tienen olor a sapos y a sabandijas!... Claro: se la pasan en puras oraciones y ayunos, los muy idiotas... Yo no digo nada persignarse de vez en cuando, si nos encontramos en un apuro, ni nada tampoco de un padrenuestro los domingos por la mañana... Pero eso de pasarse en puros ayunos y oraciones, ¡si no es pecado, pasa raspando!

¿O será que les gusta que hablen de ellos y que los vean en la hoguera? Apenas pillan infraganti a uno de estos pelados, ya están corriendo los atorrantes para ver cómo apalean al infeliz y cómo le meten en la parrilla. Los atorrantes los examinan entonces de arriba abajo, como le iba diciendo, comadre, y por mucho que arriesquen la nariz, como si tal espectáculo les disgustara, ninguno de estos pananatas se retira, ¡no, señor, qué va!, porque todos saben que alguna cosa van a ganar con todo ese suplicio... No mucho, claro está, apenas si para ir tirando, mas a todo debe acostumbrarse el hombre, aunque en este caso hay que agregarle a los centavitos que se ganan, como suple, la diversión de participar en la matanza...

Tal cual se lo dije, compadre: mire cómo se acerca el centurión a los atorrantes, porque los condenados son muchos y los guardias son pocos, y el centurión les dice a los pelados como

quien no quiere la cosa: “Muchachos, ¿quién quiere ganarse unos pesos, echándole leña al fuego y dándoles unos buenos lanzazos a estos malulos?”

Al principio ninguno quiere aceptar, por si el jefe les aumenta la tarifa, miran para otro lado y siguen calentándose las manos como si el centurión no hablara en chileno . . . Pero como el centurión se cabrea, se cruza de brazos y frunce el entrecejo, seña que va a llover, entonces los atorrantes se apresuran a aceptar el trabajo.

“Lo que sea su cariño, mi centurioncito, le dicen, ¿y por dónde hay que comenzar?”

“¡Por éste!”, les responde muy seco mi centurioncito, mostrándoles al gallego más cercano.

Y los atorrantes empiezan a trabajar, como si no hubieran hecho otra cosa en la vida (no mucho, para no apulmonarse), mientras los curiosos individuos se agitan en convulsiones a causa de las llamas y los lanzazos . . . Los hombres los observan con todo interés como si los fueran a vender por kilos, se los señalan con el dedo, les atracan las brasas por los pies o les meten el cuchillo por el esófago, todo esto mientras comentan en voz baja: “¡Buen dar que tienen aguantaderas estos ñatos!

Después reciben el dinero de manos del centurión en persona, y se van para sus casas porque les baja una sed muy grande y un hambre idem, y también para comentar el suceso con sus respectivas familias:

—Son como tontos para la muerte, parece que les gustara que los matemos . . . Y hasta parece que nos hicieran un favor cuando les metemos la lanza por el hígado . . . ¡Ellos mismos se la buscan! . . . Así, ni rocha: la culpa no es de nosotros . . .

Y al oírlos comentar el suplicio, todos se echan a reír, sus señoras consortes, sus hijos y los allegados al conventillo, todos moviendo los carrillos de tanto comer, y con el guargüero cocido de tanto ponerle entre pera y bigote, y hasta sus perros amarillos y de espinazos puntiagudos también quieren dar a entender que se están riendo de los pelados y sacan para afuera sus colmillos y mueven como malos de la cabeza sus colas arribistas . . .

Pero nunca faltaba el tonto de la familia, o la tonta, que al oír cómo asaban a los gallegos y les daban sus buenos lanzazos para que aprendieran a gente, se secaba unos lagrimones, di-

ciendo: "Pobrecitos, que Dios los tenga en su santo reino", y ahí sí que se armaba la grande, pues la madre los agarraba a lo que es escobazo: "¡para que aprendai, desgraciado, para que aprendai a respetar a la familia!", el padre también se les iba encima, lloraban los hermanitos, ladraba el perro, rebuznaba el burro y cacareaba la gallina...

"No sé de dónde me fue a salir este hijo tan hache", decía la señora consorte, arreglándose el moño. "¡Miren que querer dárseles de santo! ¿No vis que eso está bueno para la gente rica?"

Y estas discusiones eran de nunca acabar, y las hogueras aumentaban, y hasta solía ocurrir que el tal hijo o la tal hija se fueran una noche de la casa, y se dirigieran directamente al palacio, al trono del rey, y le dijeran al monarca pagano: "¡Arrepiéntete, arrepiéntete, tus días están contados porque el Señor está de lo más aburrido contigo!", y al monarca se le llegaban a salir los ojos de furia, y sin más llegaba el centurión con los guardias, y en un dos por tres entre todos agarraban al chiquillo o a la chiquilla por el cogote y los metían, compadre, en el horno ardiente...

No había día de la semana que no se corriera la voz por el pueblo: "Hoy se quemarán catorce cristianos", y todos salían a la calle para saber los detalles de la noticia, y se decían unos a otros: "¡Fiesta tenemos!", declarándose en un carnaval permanente... Como no querían en ninguna casa que el susodicho carnaval los pillara desprevenidos, ya tenían preparadas de mucho tiempo unas máscaras de cartón piedra, representando caras de caballo, caras de demonios o de elefantes, y salían a las calles y a las plazas dando brincos...

"¡Tenemos que divertirnos, chicol!", se decían muy campantes, como si fuera una obligación el divertirse, y para ello la tal quemazón de tanos formaba parte del espectáculo, y por eso corrían al lugar del suplicio como si estuvieran atrasados para tomar el tren...

¿Y me va a creer, comadre?, pues un día Macario estaba de lo más tranquilo, metido entre carbones ardientes, y rodeado por los mismos papanatas de costumbre, cuando se salió del suplicio como quien no quiere la cosa y se fue caminando sin que nadie le detuviera. Tenía que haber andado sus veinte leguas por lo menos, y solamente entonces a alguien se le ocurrió gritar: "¡se nos escapó el condenado!" y era de ver al centurión, más rojo

que una langosta de Juan Fernández, gritando y gesticulando: "¡atrápenlo, muchachos, tres quinarios al que me lo traiga vivo o muerto!", pero nadie se dio por enterado, pues a lo mejor se trataba de un milagro y en esas cosas no hay para qué meterse, y lo que pasaba era que Macario era como mandado a hacer para los desiertos...

¿Para los desiertos, me va usted a decir, compadre? ... Sí, compadre, porque hay gustos para todo, compadre, y Macario se las echó a un desierto del que no sé su nombre, y ahí se estuvo el muy bendito por siete años, comiendo hierbas crudas, como si esto no provocara indigestiones, y después, no sabemos por qué, le agregó a las hierbas unas cuantas onzas de pan al día, y en seguida le dio por no beber ni comer sino el domingo... Como además del ayuno el desierto le parecía poco, un día que descubrió un barranco de muy fea catadura se coló para adentro con toda su hedionda humanidad a cuestras porque había un enjambre de avispas con un aguijón cada cual que traspasaba a un jabalí de lado a lado, y Macario se estuvo en el barranco sin chistar sus buenos seis meses, ¡imagínese usted, compadre, cómo saldría!

¿Y sabe qué más, comadre? Todo esto se le antojó demasiado poco y Macario se fue al célebre desierto de Tabenas (aunque hasta ahora no sabe nadie a qué se debe tamaña celebridad), pero este desierto no era tal, es decir no estaba desierto pues allí se encontró con Pacomio, ¡cuándo no!, y como no le gustaba ninguna compañía, ni a Pacomio tampoco, se fue a Libia porque le habían dado la nombrá de que en ese país había uno recontra desierto, y después se murió...

Mientras tanto Genoveva quería acompañar a su madre a misa: "mamacita, ¿me llevas a misa también?", y majadereó tanto y tanto que al fin la mamacita se aburrió y le dio su bofetada a la chiquilla por molesta y mejor no lo hubiera hecho porque no pasaron ni dos segundos sin que la madre se quedara ciega de puro boxeadora...

Entonces la hija trajo una palangana llena de agua de la llave, hizo la señal de la cruz y le lavó los ojos a la buena señora que no veía ni medio... Demás está decir que la gallega recuperó al tiro la vista y le dijo a la Genovevita que sí, que la acompañara a la iglesia para oír la misa si ésa era su real gana.

Como aquéllos no eran tiempos muy tranquilos para nadie, y mucho menos para los franceses, pronto se corrió la voz que llegaban los Hunos con el nómade propósito de asaltar París, porque estos vándalos no se andaban con chicas, y querían hacerse dueños de París los muy perlas...

La Genoveva, entonces, les dijo que no fueran niños chicos y que no les pasaría nada, y sin saber por qué los gabachos se pusieron furiosos con la chiquilla, "tú eres una bruja", la acusaron, y trajeron leña para encenderla bajo sus pies y para que le hiciera cosquillas.

"¡Miren con que no van a venir los Hunos a comernos crudos! ¡Las ocurrencias de esta mocosa!", se repetían masoquistamente, pero pasó el tiempo y como los Hunos no llegaban le creyeron las brujerías a la Genoveva y la dejaron tranquila, y de los Hunos si te he visto no me acuerdo...

Increíble pero así pasó, comadre, pues ya que le había acertado medio a medio librando a los parisinos de los Hunos, la Genovevita decidió no comer sino dos veces por semana, los jueves y domingos para ser más exactos, pero estando un poco más viejona el obispo la obligó a tomar un poco de leche todos los días porque en ese tiempo abundaba la leche en Francia...

Sin embargo tanta tranquilidad de los gabachos se vio turbada pronto ya que Meroveo (que no era un Huno precisamente) empezó a sitiar la ciudad porque era muy afrancesado y decía que sólo en París podía vivir la gente. Pero no contaba con la Genoveva que se fue a escondidas a otro pueblo y consiguió que le vendieran una gran cantidad de trigo, a precio oficial, con lo que los parisinos se reían de los peces de colores y del sitiador, comiendo pan francés mañana, tarde y noche.

En vista del éxito, ni muerta la dejaron tranquila, y apenas los tanos veían aparecer a los enemigos en lontananza, ¡zaz!, no se demoraban ni medio segundo en sacar el cadáver de la Genovevita y lo paseaban por las narices del adversario, hasta que éste ponía los pies en polvorosa...

Por su parte a Dafrosa se le murió el marido, estando tranquilamente conversando de sus asuntos particulares, y después nada, e ipso facto la desterraron, como si hubiera alguna relación entre la causa y el efecto, pero después cambiaron de opinión pues pensaban, y con razón, que era imposible devolverle la vida al marido, y que no había caso, y entonces el prefecto Apronio,

que era muy brutazo, la mandó llamar y la encarceló, y le prohibió a todo el mundo que le diera alimentos . . . Quería matarla por hambre el muy bellaco, y ella firme en sus trece, hasta que el prefecto se aburrió con la chiquilla y le dijo que se casara con un pariente suyo, ya que se le había muerto el marido y que no estaba nada de bien que estuviera solita en el mundo, y la gallega le dijo que primero tenía que verlo, y cuando llegó el buen hombre, que nada sabía del enredo, Dafrosa le empezó a adoctrinar diciéndole: “Mira, buen hombre, aquí no se trata de casorios como de que tú sigas la religión católica, apostólica y romana”, y el buen hombre dijo que sí y cuando el prefecto Apronio lo supo los mató a los dos.

A propósito de casorios, compadre, también Simeón se fue al desierto, y por el camino primero se metió en un pozo seco, mire lo que son los antojos, después en una cueva abandonada y después, cuando llegó y echó una mirada a su alrededor y se convenció que estaba en el desierto, porque no se veía ni jota ni gente, empezó a subir a una montaña . . .

Cuando estuvo en la cumbre, con un pedazo de tiza hizo un círculo en torno suyo, ¿y sabe qué más?, puso un letrero que decía: “de aquí no me moveré”, porque le gustaba el sitio, pero llegaron tantos amigos a jugar a las visitas que le hicieron la vida imposible a Simeón.

Este se rascó la cabeza y decidió subirse a una columna, mas como no había ninguna columna en lontananza, empezó a construir una por sus propias manos . . . Le quedó bien sólida, porque parece que Simeón entendía su poco de albañilería, pero era un poco chicoca, de tal modo que cuando los majaderos que no querían irse le decían: “¡cómo te va, Simeón!", “¿qué es de tu vida, viejo?", él, aunque no lo quisiera, porque era muy bien educado, se veía obligado a responderles: “más o menos”, “por aquí vamos tirando”, pero se aburrió de tantos ¡cómo te va!, y levantó otra columna de doce codos, y después una nueva de veintidós codos, porque ahora los que jugaban a las visitas empezaron a usar altoparlantes, y como esta altura todavía no le parecía suficiente, levantó una cuarta columna de cuarenta y dos codos, apenas con la superficie justa para estarse de pie con una pata levantada, como las garzas . . .

En esa postura murió, permaneciendo de pie durante tres días, sin que se le notara . . . Después se cayó . . .

Mientras tanto no paraban de producirse novedades en Mallorca, ¡cuándo no!, por causa del rey naturalmente y por causa de sus devaneos con una apetitosa dama... Por mucho que Raimundo le echara en cara su mala conducta con su señora consorte, el monarca, que era bastante picado de la araña, se hacía el desentendido, hasta que Raimundo se cansó y quiso volverse a la ciudad condal, vulgo Barcelona... Estaba ya para embarcarse cuando llegaron a decirle que no hiciera tal cosa, que "por favor, Raimundito", le mandaba decir el rey, pero el Raimundo como si nada, pero cuando fue a la boletería mallorquina para sacar su pasaje en el barco no se lo quisieron vender diciéndole que todas las localidades estaban agotadas y que, además, no había un mal bote en la bahía ni para remedio...

¿Usted cree, compadre, que el gallego se achicó? ... Ni mucho menos, echó su capa al agua y saltó encima con su báculo en la mano... ¿Que para qué el báculo, me preguntará usted? Va a verlo en seguida: se agachó Raimundo, recogió media capa de la suya y la amarró en el bastón, como si éste fuera un mástil, y se las envoló... Sólo seis horas demoró en su viaje de cincuenta y tres leguas hasta Barcelona, vulgo ciudad condal, casi una fantasía que nadie se la creería a Julio Verne, pero el rey mallorquín le mandó llamar y le dijo que lo suyo había sido una calaverada, que la apetitosa señorita, causante del precipitado viaje de Raimundo, se había retirado por la puerta trasera y que mirara lo buenamoza que se veía la soberana... En efecto, la reina parecía recién brotada y estaba más contenta que unas pascuas, y le dijo al gallego: "Raimundo, vos te quedás en el pago para siempre y me sacás con viento fresco a todas las percantas que le anden cantando tangos al rey"...

En cuanto a Luciano, una vez que le cortaron la cabeza, la recogió del suelo muy campante, para que no se le ensuciara, y caminó con ella unos buenos tres mil pasos, atravesando un río, y manifestando en el lugar en que se detuvo que era ahí donde quería que se le enterrase...

Porque ésos sí que son milagros, comadre, y no milagritos como el que hizo un caballero con mi amigo Salustio... ¿No lo conoce?... Mi amigo Salustio se ganaba honradamente la vida, porque era tullido de las dos piernas, a la puerta de la Guadalupe, pidiendo algunos reales, y un mal día se le ocurrió pasar al caba-

llero en cuestión y Salustio que le estira la mano, para mal de sus pecados, y el caballero que le dice:

—Mira, buen hombre, no te daré unos centavos, pero te haré el regalo más grande que te puedas imaginar: ¡haré que vuelvas a caminar como la gente!

Y antes que Salustio pudiera protestar, el caballero hizo no sé qué payasadas en el aire con las manos, dando unos saltitos como boxeador de peso mosca, y Salustio, comadrita, que era tullido de las dos piernas como le dije hace un momento, empezó también a saltar como loco, olvidándose de sus achaques y de sus muletas...

¡Nada! Que se le arruinó el negocio, porque ahora, aunque se tienda en el suelo, y estire la mano, nadie le da ni medio real, y por el contrario le insultan: “¡Anda a laburar, sinvergüenza! ¡Tienes las dos patas buenas y sanas, y todavía quieres que te den plata encima!”

Y le pregunto, compadre, de hombre a hombre, ¿por qué tienen que andar por las calles esos caballeros haciendo milagros que nadie les pide, y hacen que los tullidos muevan las piernas y no puedan, en adelante, ganarse honradamente la vida?

Pero, hablemos de cosas más agradables, porque era de ver el apuro de Julián cuando sus padres le trajeron una doncella de lo más linda que se ha visto y no para que pasara el rato sino para que contrajera las sagradas nupcias, porque ya estaba pinton... Esta señorita se llamaba Basilia, y en el dormitorio, la primera noche, es decir la noche de bodas para que me entienda, compadre, sintió un olor como de flores recién cortadas y como era la mar de curiosa le preguntó a su maridito que dónde las había comprado y Julián le dijo que en ninguna parte porque no había ninguna flor en el dormitorio sino que el olor provenía de su voto de pureza, ¡las cosas que uno tiene que saber, comadre!, y entonces ella, muy confusa, le dijo que también quería hacer un voto semejante para tener tan buen olor, y desde entonces vivieron, en lugar de marido y mujer, como una rosa y un clavel bien avenidos...

No olía precisamente a flores Gonzalo cuando emprendió, con sus propias manos, la construcción del puente sobre el Tamaga, pero hizo brotar de una roca un manantial y a cada rato se lavaba la cara y las manos, y como se encontraba escaso de fondos para contratar a unos trabajadores le pidió un poco de

dinero al magnate del país, que parece que era más apretado que un tornillo, y éste le dijo que cómo no, pero solamente para reírse del tano: “espérate un momento, Gonzalo, que como no ando con los billetes encima, le voy a escribir a mi señora esposa para que te los entregue en la casa”, y en efecto, en un papel le escribió unas cuatro letras a su consorte: “dale a Gonzalo tanto oro como pesa este papel, y no más”, el que era más liviano que papel de cigarrillo, pero cuando Gonzalo llegó donde estaba la señora esposa, el papel se puso tan pesado que apenas si con una yunta de bueyes lo podían levantar y entonces la señora esposa le tuvo que dar a Gonzalo sus buenas toneladas de oro y plata, no tanto, pero sus buenos kilos sí, con lo que nuestro hombre pudo terminar el puente sobre el Tamaga, pagando generosamente a un montón de obreros...

No fue hacedor de puentes Bernardo, sino zapatero, pero el diablo le dominaba y por un quítame allá estas pajas armaba unas pendencias terribles... Vea usted, compadre, si por ejemplo alguien miraba hacia el cielo y decía: “parece que va a llover”, Bernardo consideraba esta suposición como una ofensa personal, como si el otro le estuviera mentando a la familia, y en un dos por tres las emprendía a lo que es puñetazo y patada, haciéndole ver estrellas al presunto culpable... Pero un día se encontró con el comisario, que le traía un encargo de su señora para que Bernardo le confeccionara una botas de media pierna (de esas que se usaban entonces), pero a Bernardo le bajó una furia tan grande que se puso colorado como cangrejo y pescó al comisario de un ala y le rebanó la cabeza, y cuando vio la cabeza en el suelo se dijo que ya era conveniente cambiar de actitud, que no había para qué ser tan rabioso y empezó a hacer pucheros como niño chico y se puso él mismito a pan y agua en el convento, no dormía sino un par de horas, sobre una tabla como fakir, y se daba unos latigazos tan tremendos que se oían a cien metros a la redonda, mientras Pablo (si me sigue el hilo, comadre) hallábase en los ciento trece años, y siempre alimentado en el desierto por un cuervo que le traía medio pan en el pico, pero el día que fue Antonio a visitarle, éste tenía tan sólo noventa años, el cuervo le trajo un pan entero para que atendiera a su huésped... Después que los dos comieron cada uno su mitad, y se tomaron su trago de agua, Pablo le dijo al otro que con permiso que se iba a morir, y así lo hizo sin más ni más...

Como ve, compadre, se trata de unos individuos muy curiosos, yo diría más que eso: se trata de unos gallos muy sospechosos, mira que andarle dando vueltas a la tortilla y entrando por sus propios pies en la boca del horno, para que los aseemos, cuando no andan con esos asuntos del olor y de la virginidad, y de que hay que portarse bien, de que no hay que desear la mujer del prójimo, de que no hay que robar, de que hay que abstenerse del tinto y del otro, y vea, comadre de mi alma, cómo le dan de latigazos a la señora Prisca, sin que los latigazos puedan obligarla a cambiar sus buenas costumbres...

“Vas a ver, haragana, le dice el prefecto, si no te hago cambiar de opinión”, y la echaron en un calabozo con los peores forajidos de la localidad, pero éstos tampoco pudieron conseguir hacerla cambiar de manera de pensar, y eso que eran quince contra una, “bueno, dijo el emperador, si no quieres entender por las buenas entenderás por las malas”, y ordenó que le aplicaran tormento a la gallega, y para empezar dijo que le cortasen la cabeza, mientras con unos garfios que ni mandados a hacer le rasgaban la carne, pero la señora Prisca estaba más prisca que una lechuga, pues parece que le gustaba que le cortaran el pescuezo, y mientras tanto le sacaba la lengua al emperador y al prefecto, y en seguida amarraron a Sebastián contra un árbol y ¡zaz! que le empezaron a tirar flechas como locos...

Flechado quedó igualmente Procopio, al ver a Inés radiante, pero ella, al ver que Procopio se quería tirar al dulce, le dijo estas extrañas palabras que parecían escritas por Mariano La-torre:

—¡Apártate de mí, aguijón del pecado, tentador importuno y ministro del padre de las tinieblas!

El “aguijón del pecado” se quedó como quien ve visiones, y le buscó a la Inés por otro lado, diciéndole: “¡Ya pues, mi hijita, tan así que la han de ver!”, pero no bien hubo dicho estas palabras, el “aguijón del pecado” se quedó muerto al instante, y su papá de él se puso furioso con la Inesita y la llevaron a la hoguera, trinando, pero como las llamas se partían sin alcanzar a chamuscar siquiera a la chiquilla radiante, le dijo el papá del “aguijón del pecado” al verdugo que la degollase.

También metieron al tormento a Vicente, en unas parrillas, las cuales se componían, dicen porque yo no las vi, de unas barras atravesadas, no de plano sino de esquina, abiertas en forma de

sierra y salpicadas a trechos de púas agudas, a manera de rallo, siendo su elevación de una cuarta escasa, y las colocaron sobre carbones encendidos que estaban continuamente avivando los verdugos . . . Le doy todas estas explicaciones técnicas, compadre, para que vea cómo les gustaba a estos curiosos individuos que les quemaran hasta las entretelas, y decían que lo hacían por la fe, por la religión católica, apostólica y romana, por irse al otro mundo, a un mundo mejor, y no sé, comadrita, por cuántas cosas más.

Mientras más se les vieran las costillas de flacos que estaban, mejor . . . Mientras más les chamuscaran las carnes, mejor . . .

Y no era nada de lindo, me parece, porque, dicen, todos se llenaban de horror al ver aquel cuerpo, medio desollado, amarrado con cadenas a las parrillas, y éstas cubiertas de planchas ardientes, mientras por abajo avivaban las brasas . . . La grasa que Vicente destilaba de sus carnes y huesos añadía mucha fuerza a la violencia del fuego . . . y como si aquel conjunto de tormentos no bastase a causarle un dolor agudísimo y cruel, cuidaban los verdugos de aumentárselo, llenándole de sal las heridas . . . ¡Como para sentar a la belleza en las rodillas, después de esto, y encontrarla amarga, como dijo el gabacho!

Yo no lo vi, compadre, porque hay que decir las cosas como son, y eso que me vine corriendo apenas supe que a Vicente se le iba a poner en la parrilla, pero llegué atrasado: me lo contaron, y me dijeron que a pesar de tanta incomodidad el hombre no decía ni pío . . . Así pues, comadre, el gobernador Daciano empezó a pasearse con las manos atrás, diciéndose para su capote: “¿Cómo, diantres, podré matar al gallego? . . . Se ve que es porfiado como burro, y que no le hace asco a las llamas . . . Creo que lo mejor será llevarle la contraria . . . A lo mejor, resulta” . . .

¡Y dicho y hecho! . . . Mandó que retirasen al hombre de la parrilla y que le llevaran a una masión recontra lujosa y allí le instalaron en una habitación llena de muebles Luis XVI, Luis XVII y Luis XVIII y muy perfumada y le acostaron en una mullda cama, que ni mandada a hacer, y a cada momento le llevaban a Vicente caviar y champaña, pues el dormitorio tenía aire acondicionado y condicionado, con televisor y teléfono, ¡y vaya usted a entender lo que son las cosas, compadre!, apenas se vio Vicente en tan regalada situación y fuera de la parrilla cuando, sin decir agua va, cerró los ojos y se murió . . .

¿Y qué me dice, viejito, de Brígida, cuando una vecina le aseguraba que su nene era el fruto de un obispo y ella le hinchó la lengua por hocicona?

“Vamos a ver, tú —le dijo a la guagua nacida ese mismo día por la mañana—, vamos a ver, ¿quién es tu padre? . . . ¡Cuéntaselo a esta mugrienta!”

Y el niño empezó a hablar como malo de la cabeza, y le contó a todo el mundo que su padre era un honrado vendedor viajero . . .

Esa misma Brígida no se andaba con chicas, y así, cuando una ciega de nacimiento le dijo que le hiciera un milagrito y que le permitiera ver el mundo como era, aunque no fuera más que por un cuarto de hora, ella, que no había estudiado na medicina, le hizo abrir los ojos de par en par nada más que haciéndole unos pases con la mano izquierda.

La cieguita, que era de lo más orgullosa y mandona, empezó a mirarlo todo como reina ofendida, diciendo: “Y esa porquería, ¿qué cosa es?”. “La Plaza de Armas, cieguita”, le informaba Brígida muy paciente . . . “¿Y esta otra porquería?” . . . “El Cerro Santa Lucía” . . . “¿Y esta otra porquería?” . . . “El Parque Forestal” . . . “¿Y esta otra porquería?” . . . “El Barrio Cívico” . . . Entonces, la que había sido ciega dijo haciendo un desprecio: “¡Para lo que hay que ver!” y entonces la Brígida se enojó, y le dijo: “Mira, porquería, si no estás contenta con los milagros que hace Dios por intermedio de mi humilde persona, entonces te quedás ciega para siempre” . . .

Ahora le diré solamente algunas palabras de Nicolás, porque él mismo pronunció durante toda su vida nada más que las siguientes palabras:

—Pateadme, escupidme, aborrecedme, pues no merezco otra cosa . . . Yo soy el hombre más vil de cuantos viven, soy indigno de que me cubra el cielo y me sostenga la tierra . . . En toda mi vida he hecho cosa buena, ni al presente la hago . . .

Y como nadie le contradijo, él mismo se escupía y se arrojaba a los pies de sus oyentes, con lo que se pasó toda la santa vida arrodillado, además de no probar ni congrio ni corvina, sólo una menestra de legumbres a la que le echaba ceniza encima, hierbas amargas y cardos con espinas, porque así le gustaba la cosa, ya sabe usted que hay gustos para todo, y como si esto fuera

poco, el tano se azotaba dos veces cada noche con una cadena, a las once y a las tres de la mañana . . .

Tampoco le gustaba mucho la comida a Conrado, pues, al venirle el hambre, se desnudaba prestamente de toda su ropa, y así se arrojaba sobre los zarzales hasta sangrar, revolcándose, para más señas, hasta que se le quitaban las ganas de comer . . .

Eran como al revés de los cristianos, y eso que decían que lo hacían para ganar el cielo, eran la mar de enredados para sus cosas, por supuesto que yo no los entendía, pero apenas me llegaba la nombrá de que había suplicio en tal parte, allá corría como alma que lleva el diablo . . . No sé, comadre, qué es lo que me gustaba más: si saber que los mataban bien matados o si verlos tan corajudos para resistir las llamas, aunque la grasa de su propio cuerpo le sacara chispas a la hoguera . . .

No le puedo dejar de referir, compadre de mi vida, y antes que se me olvide, la tremenda batalla que sostuvieron León y Lindoro . . . Este último era mago, no mago ambulante o de teatro, sino mago de veras, y tenía la maldita costumbre de desaparecer del siguiente modo: apenas le tomaban preso por atorrate y le llevaban ante el juez, cuando ya estaba diciendo: “¡por la gran máquina, tengo muchísima sed, y capaz sería de tragarme una tina de agua, con tina y todo!”, y los muy idiotas siempre le hacían caso y, para divertirse, le traían una tina de baño con el agua hasta el borde, y le decían: “ya pues, Lindoro, si te la tomái enterita quedai en libertad”, y el Lindoro apenas veía la susodicha tina ya se estaba zambullendo como un pato, metía la cabeza dentro del agua, después el cuerpo y las patas, y nadie más le volvía a ver . . .

Hasta ahí todo andaba bien, pero un día a Lindoro, el mago, se le ocurrió, por mal de sus pecados, entrar a la iglesia donde estaba el gallego predicando y las emprendió a lo que es patada como malo de la cabeza en contra de los que escuchaban a León, y esto lo hacía Lindoro nada más que para fregar la cachimba . . .

El gallego le dijo muy paciente al principio: “Ya pues, Lindoro, déjate de molestar más mejor”, pero el malulo como si nada, hasta que León no aguantó más, “con permiso”, les dijo a los que estaban en la iglesia, bajó del púlpito, se arremangó las mangas de la sotana, lo pescó de las mechas y se llevó arrastrando

al mago hasta una hoguera (que se había encendido por permisión del Santo Padre), diciéndole: “a mí nadie me viene a faltar el respeto en mi iglesia, en mi casa ni en ninguna parte”, y no lo soltó hasta que Lindoro se convirtió en un chicharrón...

En cuanto a Paula, apenas pudo soltarse de los brazos de su perseguidor, se entró corriendo a una ermita, y de linda que era Dios permitió que su cara se le llenase de pelos... ¡Si parecía una hippie, comadre!... Cuando el explorador que la iba siguiendo con las más malas intenciones del mundo entró a su vez a la ermita, se encontró a boca de jarro con la peluda, ¡y cómo se iba a imaginar que era la misma papusa!, y le preguntó muy orondo a Paula, sacándose con toda cortesía su sombrero helvético: “dime, peludita, ¿no has visto por casualidad a una señorita muy requetebuenamoza?”, pero la Paula se hizo la caída del catre y le dijo que no y el suizo se fue, después de despedirse con muchos remilgos de la peluda...

Si cuando le digo, compadre, que estos gallos son como mandados a hacer para llevarle la contraria a uno, es porque me acuerdo del tano Dositeo... A éste no le agradaba hacer bien ninguna cosa, no porque no tuviese habilidad sino para que todos le taparan a insultos porque nada lo hacía bien, y siempre se la llevaba quebrando los platos de la cocina, ¡adrede, comadre, para que lo insultaran!, y ni siquiera quería aprender a tocar el timbre, y así, un día en que por casualidad había hecho bien las camas del hospital, fue a decírselo a Doroteo, pero no le dijo que las había hecho bien sino que las había hecho mal, si es que me doy a entender, pero a su vez comía un poco de pescado todos los días.

Y del otro se dice que habiendo estado treinta años en prisión, y vigilado estrechamente por un soldado de apellido Villadiego, se le apareció una noche un serafín, cuando el prisionero y el vigilante Villadiego dormían a pierna suelta... “Toma las calzas tuyas —le ordenó el serafín al preso—, toma las calzas tuyas y vete pronto”, pero el preso, en su turbación, en vez de tomar las calzas suyas tomó las de Villadiego.

Los dolores de estómago y de cabeza no abandonaron a Venancio ni por un instante, y además tenía eso que se llama el

don de las lágrimas, y apenas se ponía a leer un libro, o conversaba con alguien, o veía la televisión, se ponía a llorar como si estuviera pelando cebollas, y hasta era posible, comadre, que hubiera sido el mismísimo día en que se le apareció a Francisco de Paula un hombre en figura de arquitecto (aunque no sé cómo será esa figura), con planos y todo para el monasterio, así que no había más que copiarlos para que todo quedara listo en un santiamén, y así lo hizo Francisco de Paula que le pegaba poco a la arquitectura, cuando en eso uno de los testigos de la escena, un caballero que no era ná trabajador, empezó a dar unos aullidos porque le bajó un fuerte dolor a un muslo, y Francisco de Paula, muy serio, le dijo que eso le pasaba porque cuando niño le había faltado el respeto a su papá (complejo de Edipo, como usted sabe, comadrita), y que si quería que se le terminase el dolor, que empezara a trabajar en la construcción del monasterio como los demás, y así lo hizo el caballero y se le quitaron todos los achaques al muslo . . . ¿Me va a creer, compadre? . . . Así estaban las cosas, y cuando ya se pensaba que no iba a pasar nada más, unos hombres llegaron corriendo y le dijeron a Francisco de Paula que el horno para la cal se estaba agrietando, y entonces el gallego se metió por la boca del horno, sin esperar que lo apagasen, y empezó a cerrar las rendijas por aquí y por allá, sin preocuparse de las llamas . . . Como si esto fuera poco, de un repente un peñasco más grande que la Ciudad de México empieza a caer del monte, con ganas de destruir todo el monasterio, y el bueno de Francisco de Paula, sin ser muy forzudo (porque en eso estaba la gracia) levantó la mano, atajó el peñasco en el aire y lo volvió a encajar en la montaña . . .

Bueno para producir testigos resultó Estanislao, porque habiéndole comprado unas tierras a Pedro, y muerto éste tres años ya, resulta que los sobrinos empezaron a buscarle pleitos, diciéndole que no había tal venta y que si era así que dónde estaba la escritura pública, y entonces Estanislao se fue a la tumba donde yacía el difunto vendedor, y le hizo levantarse para que fuera a declarar ante el tribunal.

—Sí, usía —declaró el finado—, es bien cierto que vendí esas tierras al demandado, y mis sobrinos le quieren meter pleito de puro hocicones que son . . .

Todos quedaron conformes con lo que manifestó el finado, usía dijo cómo se pide, y el propio Estanislao, con otros caballeros, se fueron al cementerio, acompañando a pie al andariego difunto, y éste, apenas llegó a su nicho, lo reconoció al parecer por el olor, y se metió adentro, se acomodó y se volvió a morir, antes que Estanislao alcanzara a decirle muchas gracias...

Pero Pacomio en quince años nunca se acostó, sino que dormía sentado en una piedra, sin arrimarse a la pared, porque así le gustaba, y los cocodrilos, que saben distinguir a la gente decente, le pasaban gratis de un lado al otro del Nilo, sobre sus lomos escamados...

¿Y qué me cuenta de Simeón, comadre?... Ese gallego sí que se las traía, porque siendo tan sabio y leído, y hablando el latín y el griego con tanta facilidad como el chileno, se las dio por hacerse el idiota y el loco... Se apartó de los profesores universitarios para juntarse con los niños del barrio, y jugaba a las bolitas en la calle, como un retrasado mental cualquiera, cuando no estaba frecuentando las tabernas más infectas en compañía de todos los atorrantes, y no había semana que no corriera a algún quilombo, tanto que una de estas mujeres le empezó a contar a medio mundo que Simeón era el padre del hijo que iba a tener, y el tal tarado mental nada chistó, hasta que la mujer públicamente se desdijo, y hasta puso un aviso en el periódico diciendo que todo lo había afirmado por pura payasada no más, y Simeón era todo uno en el no dormir y en el no cenar, a veces por toda una semana, y en cuanto a la cama, ¡si ustedes llaman dormir a eso de echarse sobre unas zarzas espinudas!, y agregó la mujer que Simeón era tan puro que ni siquiera respiraba para no ensuciarse la nariz...

Un poco largones me salieron estos párrafos, comadre, pero, ¿me va a creer?, no hay día que no deje de pensar en estos extraños individuos, que de dónde salieron, que qué es lo que pretenden, que quién les dio tantas agallas para aguantar que los descuarticen y que les entierren esas lanzas oxidadas por las costillas, mientras están más contentos que unas pascuas, sin que les importe un comino el fuego y la parrilla, y además cantándoles sus cuatro claridades al emperador, de frente a frente, y sin necesidad de mandárselas decir por la oficina de partes...

Bueno . . . para terminar . . . ¿me va a creer usted, comadre, y usted, compadre, también? . . . Se lo voy a decir: a pesar de lo que me gusta la buena vida, la buena mesa, la buena cama y el buen tinto, y a pesar de tener una buena pega con perseguidora y todo, ¿se lo digo?, yo mismo estoy tentado, algunas veces, de seguir a estos curiosos individuos, aunque me saquen la mugre, aunque me metan la lanza por el esternón o me echen de cabeza al horno ardiendo, porque, ¡puchas lo que son las cosas!, parece que Dios me está mirando desde la cruz y que me está diciendo: “Arrepiéntete, desgraciado, arrepiéntete, mira que tus pecados son más de la cuenta, mira que tus días están contados y mira que yo estoy de lo más aburrido contigo” . . .

